

por sus hijos, ni aun por su propia vida. Un solo pensamiento le domina; deshacerse de las sofocantes ligaduras con que le oprime la conciencia de su culpabilidad; para ello sacrifica de buen grado, entre los más acerbos dolores, su vida, sus hijos, sus bienes, su sangre y cuanto para él hay querido ó sagrado, únicamente para eximirse del intolerable yugo del pecado.

6. Desesperación de la humanidad al finalizar el mundo antiguo.—Cuanto más se esfuerza, más le constriñe el monstruo. Él mismo le llamó, y se convirtió en instrumento de muerte. Lucha con desesperación, pero con el último esfuerzo se desvanece toda esperanza de salvarse por sí mismo; si un poder superior no le ayuda á salir de aquella situación, está condenado á la ruina.

Pero ¿existe ese poder? Mucho tiempo ha ya que no cree en los dioses inventados por él mismo. ¿Existirá acaso un Dios no inventado por los hombres? ¿Hay un Dios verdadero? Y si existe, ¿quién tiene derecho á su auxilio, quién el derecho de poner en él su esperanza, cuando toda la humanidad prescindió de él por tanto tiempo?

He ahí á la antigüedad en la triste situación de Laoconte. El hombre, tal como le encontramos en los últimos días del paganismo, ha contado tan sólo consigo mismo, con la vida, con la humanidad. Nada espera ya de la tierra; así nos lo dice aquella mirada, que, en el colmo de la desesperación, se separa de la tierra para dirigirse al cielo; aquellos ojos que se cierran creen percibir, allá en lo alto, un último rayo de luz. Tal vez es una ilusión; mas si no lo fuese, es necesario que el auxilio llegue pronto, pues de otro modo sería demasiado tarde.

Ese era el estado del mundo cuando por tercera vez cerró Augusto las puertas del templo de Jano; había llegado á los últimos límites la corrupción de la época y del mundo. Tal es, no sólo el amargo juicio de Juvenal,⁽¹⁾ sino también el del frío Tácito,⁽²⁾ que, sin embargo, todavía en-

(1) Juvenal, I, 149: Omne in præcipiti vitium stetit.

(2) Tácito, *Hist.*, 2, 37: Corruptissimo sæculo.

cuentra algo bueno en aquel tiempo.⁽¹⁾ Las abominaciones, más numerosas cada día, le oprimen el corazón.⁽²⁾ Cuanto más considera la historia de la humanidad en los tiempos antiguos y en su época, más se convence de que todo es ilusión y farsa.⁽²⁾ Si hay dioses,⁽³⁾ lo cierto es que dejaron de protegernos⁽⁴⁾ y que nos hacen sentir duramente su cólera.⁽⁵⁾ El mismo lenguaje emplea Tito Livio en la introducción de su historia. «Hemos llegado á una época, dice, en que ya no podemos sufrir nuestros vicios, ni tolerar su remedio».⁽⁶⁾

Mas sombría es aun la descripción que de su tiempo hace Séneca;⁽⁷⁾ pero al preguntarle si, humanamente hablando, hay todavía esperanza de salvación, da esta respuesta desconsoladora: «Estamos consagrados por completo á hacer proyectos, dando la preferencia hoy á éste, mañana al otro, y al fin todos los abandonamos, volviendo á nuestra incertidumbre. Es una verdadera locura. Pero ¿quién nos dirá cuándo ó cómo saldremos de ella? Nadie es bastante fuerte para salir por sí mismo del pantano en que hemos caído. Necesitamos de alguien más fuerte que nos tienda la mano y nos liberte».⁽⁸⁾

Pero ¿quién espera encontrarle entre los hombres? ¡Ah! exclama Cicerón, ¿qué júbilo para el mundo si pudiese un día ver la virtud perfecta y viviente!⁽⁹⁾ Pero no hay que pensar en ello, notaba ya Platón, á menos que no llegue un maestro de la Revelación que posea la virtud de recobrar ese tesoro perdido.⁽¹⁰⁾ Así estamos traqueteados en frágil barquilla por las furiosas olas, y siempre en peligro

(1) Tácito, 1, 3.

(2) *Ibid.*, *Annal.*, 16, 16.

(3) *Ibid.*, 3, 18.

(4) *Ibid.*, 6, 22; 14, 12; 16, 33; *Hist.*, 1, 2.

(5) *Ibid.*, *Annal.*, 14, 13.

(6) *Ibid.*, 4, 1; 16, 16.

(7) Livio, *Præf.*: Nec vitia nostra, nec remedia pati possumus.

(8) Séneca, *Ira*, 3, 8.

(9) Séneca, *Ep.*, 52, 2.

(10) Cicerón, *Fin.*, 5, 24, 69.

(11) Platón, *Politicus*, 16, p. 272, d. Cf. Séneca, *Quest. nat.*, 3, 30, 8.

de muerte. Si Dios no nos envía á su Verbo, jamás encontraremos la nave que nos ponga á salvo de tantos peligros. ⁽¹⁾

Estas sentencias y otras semejantes, conservadas en gran número, ⁽²⁾ nos demuestran que el mundo antiguo, ya en el último límite de su progreso, estaba sumido en la incertidumbre, y aun podremos decir en plena desesperación.

7. Resurrección de las antiguas esperanzas de redención en la época de Cristo.—En aquella extrema y angustiosa miseria, la humanidad recordó sus antiguas leyendas. Hasta entonces, en los días de orgullo y alejamiento de Dios, cuando se creía bastante fuerte, y se engolfaba loca y ciega en los placeres del día para aturdirse y dar al olvido su malestar, aquellos antiguos recuerdos le habían parecido engañosas fábulas. Ahora, como dice Tito Livio, el presente se había hecho intolerable á los hombres, el porvenir cerrado á toda esperanza; y entonces, ocuparse en el pasado fué ya el consuelo único que podía preservarla de la desesperación.

Entonces surgió en ellos un presentimiento de que las profecías de los antiguos tiempos, que encontraron al dirigir sus miradas hacia días mejores ya pasados, contenían tal vez más que una vana ilusión; entonces comprendieron que, si aun había posibilidad y esperanza de salvación, debía estar eso anunciado en aquellas antiquísimas sentencias, de cuyo divino origen no podían ya dudar, aleccionados como estaban por la miseria.

«¡Oh si rompieras los cielos y descendieras!» Así, ya desde hacía mucho tiempo y en nombre de las futuras generaciones, había clamado á Dios el profeta. ⁽³⁾ «He aquí que tú estás irritado porque pecamos y nos obstinamos en el pecado. ¿Seremos salvados? Señor, tú eres nuestro padre y nuestro Creador, y todos nosotros somos obra

(1) Platón, *Phædon*, c. 35, p. 85, c. d. Jenof., *Memorabl.*, 4, 4, 25; 2, 16.

(2) Stobceus, *Eclog.*, 5, 1 (Meineke, II, 1-5). Livio, *Præfatio*.

(3) Is., LXIV, 1, 5, 8, 9, 12.

de tus manos. No te enojas mucho, Señor, y no te acuerdes más de nuestra maldad. Con tales cosas, ¿te retirarás, Señor, callarás, y nos affigirás en gran manera?»

Por todo el Oriente, dice Suetonio, ⁽¹⁾ se había difundido desde las tiempos más remotos la antigua y constante tradición de que hombres salidos de Judea fundarían una nueva y universal dominación. Esa creencia, que, según Tácito, ⁽²⁾ era una convicción general, se hizo entonces más viva que nunca; había llegado el tiempo en que había de cumplirse. ⁽³⁾

También en Occidente resonó ese grito, y se le advirtió con tal claridad, que los historiadores romanos de aquel siglo se vieron obligados á consignarlo en sus obras. Nada hay de extraño en eso, pues la expectación y el deseo de los pueblos salían, por decirlo así, al encuentro de esa nueva.

Ya los poetas, desde Hesiodo hasta Ovidio, habían aprendido, en las más remotas y siempre vivas tradiciones de la humanidad, el aforismo de que las costumbres habían sido antes más puras y más felices los tiempos. Efectivamente, era creencia común á todos los países, que anteriormente á esta época de bronce había existido una de oro, en que reinaban la inocencia y la paz, y que el predominio del mal, á la sazón imperante, no era el estado primitivo. También se creía que el pecado sólo más tarde había hecho su aparición en la tierra, haciendo que concluyeran aquellos días felices, que acabarían por volver.

Por eso la humanidad conservó siempre la esperanza de que el pecado no duraría eternamente.

Los persas creían que, aunque los hombres ahora no se entiendan ni sabe nadie vivir en amor y armonía con sus prójimos, llegaría el tiempo de un solo lenguaje y de unión pacífica y bienhechora. ⁽⁴⁾

(1) Sueton., *Vespasian.*, 4. Vetus et constans opinio esse in fatis. Cf. Josefo Flav., *Bell. jud.*, 6, 5 (31), 4.

(2) Tácito., *Hist.*, 5, 13: Pluribus persuasio inerat.

(3) Sueton., *loc. cit.*: Eo tempore. Tácito, *loc. cit.*: Eo ipso tempore.

(4) Plutarco, *De Iside et Osiri*, 47.

Según las leyendas griegas, Prometeo mismo esperaba, conforme á una antigua revelación, ver cesar el castigo á que estaba condenado ⁽¹⁾ pero se le había predicho que permanecería en su miseria hasta que un Dios, haciendo sus veces, descendiese á los infiernos sustituyéndole en sus tormentos. ⁽²⁾

Parecía llegado el momento en que todo eso debía cumplirse. Todos juzgaban y decían que la transformación del mundo habría de verificarse entonces, ó nunca. Ya en tiempo de Sila declaraban los adivinos etruscos que eran inminentes un cambio completo y un nuevo orden de cosas, en que se mudarían la vida y las costumbres, haciéndose muy diferentes las relaciones con la divinidad. ⁽³⁾

Pero en los días de Augusto fué tan viva la esperanza, que tal vez sin advertirlo, como suele suceder en épocas de expectación, se hacían profecías. Conocidos son los versos en que Virgilio expresa la situación de su época. Canta los nuevos tiempos que habían vaticinado las Sibilas, que serían inaugurados con el nacimiento de un misterioso niño, hijo de la divinidad, el cual renovaríá toda la creación, y, muerta la serpiente, borraría la culpa, haciendo florecer la paz en toda la tierra. «Llega, por fin, dice, la edad predicha por la Sibila de Cumas en sus cantos fatídicos; ⁽⁴⁾ comienza de nuevo el orden de los tiempos: ya vuelve la bella Astrea y el reinado de Saturno. Ya del alto cielo baja una nueva raza; cesará desde luego la edad de hierro, y comenzará la edad de oro. Serán borrados, si aún existiesen, los últimos vestigios de nuestros crímenes, y la tierra será para siempre libertada de su largo temor». ⁽⁵⁾

Y lo mismo decía Séneca: «Vuelve el orden antiguo; renacerán los seres; la tierra verá aparecer un hombre que

(1) Esquilo, *Prometh.*, 873 y sig.

(2) *Ibid.*, 1026 y sig. Apollodor., 2, 5, 4, 6.

(3) Plutarco, *Sulla*, 7, 7, 8.

(4) Virgil., *Eclog.*, IV, 8-9.

(5) *Ibid.*, IV, 4 y sig., 13 y sig.

no conoce el pecado y cuyo nacimiento se deberá al favor divino». ⁽¹⁾

Sin duda los citados escritores no se daban cuenta del valor de sus entusiastas palabras, como tampoco sus contemporáneos del verdadero sentido de su expectación; para el mundo, que tuvo la dicha de ver el cumplimiento de aquellos presagios, tienen toda su importancia; no obstante lo cual, son irrefutable prueba de que agitaba y tenía seriamente preocupada á toda la humanidad la esperanza en un Salvador.

8. La plenitud de los tiempos.—Y se comprende bien. Los hombres habían vaciado hasta las heces la copa del pecado, y colmado, hasta hacerla rebosar, la medida de la miseria y de la impotencia moral; sólo quedaba al mundo la alternativa de perecer por su propia culpa ó nacer á nueva vida, imposible de alcanzar por virtud humana, factible únicamente por virtud divina.

La humanidad estaba gastada; los pueblos perecían, se paralizaban sus energías y desaparecían de la tierra; las tentativas para restaurar su fuerza vital por la infusión de nueva sangre extranjera, habían servido sólo para aumentar excesivamente las ruinas. ⁽²⁾ La humanidad se confesaba condenada á muerte: ⁽³⁾ estaba exhausto su vigor intelectual; ciencia, poesía, idioma, declinaban más cada día; se agotaba la fuerza productora de los países; Italia y Grecia, tan fértiles en otro tiempo, se habían convertido en desiertos. Muerto estaba el encanto de la vida, muerta la facultad de divertirse á la manera humana, extinguido el placer de vivir, y apagada la fe en la humanidad, que por tantos siglos se había creído divina y capaz de bastarse á sí misma. Había llegado la plenitud de los tiempos.

Y entonces, Dios envió á su Hijo para redimir á los que

(1) Séneca, *Quest. nat.*, 3, 30, 7, 8.

(2) Juvenal, 3, 60 y sig. Tácito, *Ann.*, 14, 20. Séneca, *Consol. ad Helv.*, 6, 2, 7, 10.

(3) Polib., 37, 4, 4 (ed., Dübner, París, 1859), II, 1339. Doellinger, *Judenthum und Heidenthum*, 691 y sig.

gemían bajo el yugo de la culpa, que ellos mismos habían fabricado. ⁽¹⁾

Con eso dió respuesta á la pregunta de cómo había podido consentir por tanto tiempo que el mal ejerciese en la tierra incontestable dominio. ⁽²⁾

Dios no había abandonado á la virtud, ni concedido libertad al pecado; pero era necesario que madurara el mal y diese á gustar sus amargos frutos. Era indispensable que el mundo viese cuán amargo es abandonar á su Señor y su Dios; ⁽³⁾ que el orgullo del hombre conociera toda su impotencia, que se ablandara la dureza de su corazón, que se confundiera su presuntuosa temeridad antes que el enfermo recibiese la visita del médico divino, antes de oír la palabra del celestial maestro y de apreciar sus ejemplos.

Jamás habría dejado Dios tanta libertad al pecado, si desde luego no tuviese presto un medio eficaz de reparar y contrarrestar sus estragos. Verdaderamente parecía que el pecado hubiese excedido á toda medida, y, sin embargo, la gracia mostró que su medida era todavía más capaz. ⁽⁴⁾

9. Luz nueva, sobrenatural, saliendo de las tinieblas.—Las tinieblas cubrían la tierra, y en la oscuridad gemían los pueblos; ⁽⁵⁾ la noche era cada vez más sombría, horrible la oscuridad. Era media noche, las tinieblas completas.

La gracia había esperado ese momento. Entonces el Verbo omnipotente, desde el cielo, desde su regio trono, cual fuerte guerrero, bajó al medio de la tierra destinada al exterminio. ⁽⁶⁾

Cuando Lacoonte, desesperando ya de poder sustraerse á la acción de las serpientes, estaba á punto de dormir el sueño de la muerte, una voz poderosa dejó oír estas pala-

(1) Gal., IV, 4, 5.

(2) *Epist. ad Diognetum*, 9.

(3) Jer., II, 19.

(4) Rom., V, 20.

(5) Is., LX, 2.

(6) Sap., XVIII, 14, 15.

bras de vida: «Levántate, tú que duermes; resucita y Cristo te iluminará». ⁽¹⁾ Y el moribundo levantó su cabeza entorpecida por la muerte, y abrió sus ojos, en que estaba á punto de extinguirse la luz. ¡Oh vista sorprendente! Había cerrado sus ojos en las tinieblas y creía ya que para siempre; cuando ahora los abre, todo era claridad en torno suyo. Una gran luz había brotado para el pueblo que languidecía á la sombra de la muerte. ⁽²⁾

Jamás Lacoonte había visto semejante luz. No sabía si estaba despierto ó soñaba. Ninguna luz de la tierra tenía ese brillo. El mismo astro del día no resplandece como este nuevo fulgor. ¡Pobre enfermo! estás aún enervado por el sueño de la muerte, balbuceas y no sabes qué. Abre los ojos, frótalos hasta que tu vista se despeje, y mira en torno tuyo. Ciertamente, no es como las que suelen verse en la tierra esa luz. ¿No ves cómo las estrellas pierden su brillo ante ella y hasta el mismo sol palidece? El Señor ha nacido y te apareció su gloria. ⁽³⁾ ¿Puedes aún soñar en una luz terrestre?

Pero ¿qué tienes? Tus ojos no son capaces de contemplar tanto fulgor; gritas con miedo que esa luz es demasiado viva y que te cegará.

En eso puedes reconocer la gravedad de tu dolencia. Invocaste la luz; ante ti la tienes, y no puedes tolerar su brillo. Estás á punto de perecer, porque en ninguna parte has encontrado la sabiduría que buscabas; tienes sed; ⁽⁴⁾ estás próximo á morir, porque no puedes vivir sin la verdad; ahora se halla presente Aquel en quien están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia; ⁽⁵⁾ ¡y dices que no ves nada! ¡En plena luz estás en la oscuridad!

¿Entiendes ahora que el hombre natural no puede com-

(1) Eph., V, 14.

(2) Is., IX, 2. Matth., IV, 16.

(3) Is., LX, 2.

(4) I Cor., I, 22.

(5) Col., II, 3.

prender lo que es del espíritu de Dios? ⁽¹⁾ ¿No ves como tú mismo has perjudicado tus ojos? ¿Comprendes ya la gravedad de tu dolencia y qué lesionada está la perspicacia de tu vista?

10. La redención como doctrina, ejemplo, salvación. La divinidad de la redención manifestada en su virtud curativa.—Por consiguiente, de nada habría servido á la humanidad moribunda, y aun hubiera aumentado su mal, el que se hubiese presentado entre los hombres solamente con la luz de su doctrina y de su ejemplo Aquel que era desde el principio la expectación de los pueblos. ⁽²⁾ El ojo enfermo que se cerraba á la luz del crepúsculo, estaría perdido sin remedio por el brillo súbito del día; de ese modo, la doctrina que Dios nos envió para que la verdad adquiriese de nuevo derecho de ciudadanía en la tierra, no habría hecho más que repelernos, y el ejemplo de una virtud perfecta habría sido inútil y hasta humillante para los malos, con cuyas obras estaría en contradicción. La sola vista de tal luz debería ser intolerable para el pecador, ⁽³⁾ si, al mismo tiempo que ella, no se hubiera ofrecido á los hombres otro auxilio.

Antes que el prestigio de la virtud perfecta hubiese podido producir en el corazón de los hombres aquel sentimiento de felicidad de que habla Cicerón, debían sujetarse á una purificación completa. Para que pudieran tolerar la nueva luz y reconocer en el nuevo maestro al enviado de Dios, que Sócrates había deseado, era necesario que este maestro empezara por ser su médico.

El que apareció por fin en la tierra para acoger las súplicas de los hombres pidiendo salvación, satisfizo, en su sabiduría, aquella necesidad. Por eso se presentó con estas palabras: «El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado con su unción; Él me ha enviado para curar á los que tienen el corazón profundamente afligi-

(1) I Cor., II, 14.

(2) Gen., XLIX, 10.

(3) Sap., II, 12, 15.

do. ⁽¹⁾ Con tanta dignación atendió precisamente á los pecadores más pervertidos, que el odio y el orgullo le censuraron por ello. Si fuese profeta, decían los fariseos, ciertamente sabría cuál es la mujer que le toca, y que es una pecadora; ⁽²⁾ un amigo de los pecadores, un hombre que acoge á los pecadores, ⁽³⁾ nada tiene que ver con Dios. Una doctrina que especialmente se dirige á los pecadores no puede ser divina, decían los filósofos griegos. ⁽⁴⁾

He ahí una sabiduría digna de la fatuidad humana. En todo tiempo, los hombres han hablado desfavorablemente de los pecadores. Muchos los anonadaron por cólera y desprecio; ⁽⁵⁾ muchos revelaron su deshonor y sus debilidades, no para corregirlos, sino tan sólo porque se complacían en lo torpe; muchos los avergonzaron ante las gentes, cuando deberían confesar que ellos mismos habían cometido mayores delitos. ⁽⁶⁾

Con ese proceder ¿qué utilidad produjeron nunca á la humanidad enferma? ¿Levantaron de su caída á un solo pecador? ¿Corrigieron á alguno? Muchos moralistas, críticos, satíricos y burlones conocemos, por desgracia; pero ¿dónde encontrar uno que haya sido á la vez el médico y el amigo de los pecadores?

Únicamente del abismo de la sabiduría divina podía surgir esta palabra: Venid á mí todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os aliviaré. ⁽⁷⁾ Todo celo meramente humano contra el pecado, creería un honor apagar la torcida que humea y quebrar la caña que está cascada. ⁽⁸⁾ Sólo en el corazón de un Dios puede haber una justicia que proclame: No son los sanos quienes necesitan al médico, sino los enfermos; no he venido para llamar á los

(1) Luc., IV, 8. Is., LXI, 1.

(2) Luc., VII, 39.

(3) Luc., VII, 34. XV, 2.

(4) Celse apud Orig., *Contra Celsum*, 3, 59, 78; cf. 3, 59-79 y S. Agustín, *Ps. CI*, 1, 10; *Sermo*, 352, 9.

(5) Juvenal, I, 79.

(6) Horac., *Sat.*, I, 3, 20.

(7) Matth., XI, 28.

(8) Is., XLII, 3. Matth., XII, 20.